

## De los partidos políticos en EE. UU. \*

(El partido republicano)

Por IGNACIO DE LA CONCHA  
Catedrático de Historia del Derecho  
en la Universidad de Salamanca

Los últimos acontecimientos de los Estados Unidos —planteados esta vez por razones exclusivamente personales— vuelven a llamar nuestra atención sobre ese gran mecanismo con que la vida de la Unión cuenta y que son los partidos políticos.

Hace poco más de un año uno de ellos, el G. O. P., ha celebrado su primer siglo de vida. Muchos de los que seguimos, desde fuera, las vicisitudes de la última elección presidencial en los Estados Unidos, desconocíamos que el triunfo ansiosamente logrado en noviembre de 1952, había de traer a los republicanos una satisfacción íntima, familiar: la de llegar a celebrar desde el Poder el centenario de su partido, el más joven de los dos grandes partidos norteamericanos.

Para un europeo, y más si es español, resulta difícil comprender cómo un partido político puede llegar a los cien años de vida, y, sin embargo, así es; el 6 de julio de 1854, a la sombra de las encinas de Jackson, Michigan, un selecto grupo de ciudadanos, reunidos en convención, acordó organizarse, para presentar batalla a las pretensiones políticas de los que pensaban de manera distinta a ellos y “denominarse republicanos hasta el fin de la contienda”. Antes de llegar a este final habían de surgir nuevos motivos que justificasen subsistencia del nuevo partido que, fiel a su primitiva denominación,

---

\* Conferencia pronunciada, por el autor, en la Facultad de Derecho de esta Universidad.

no había de encontrar una razón que le aconsejara retirarse del cuadro político de la Unión.

Ni el nombre, ni el hecho, suponen una novedad en la casi incipiente vida de la gran república. En los primeros pasos, titubeantes, de la independencia norteamericana, sus grandes artífices no encontraron otra fórmula en la que fundamentar la vida política, de manera que se reflejaran en ella los distintos puntos de vista, que la de fundar sus respectivos partidos políticos; fórmula que, por otra parte, no ha necesitado ser substituida hasta nuestros días, no obstante las graves crisis padecidas.

Uno de aquellos artífices, Jefferson —el presidente arquitecto—, adoptó para el suyo la denominación de republicano, al fijar su posición frente al anglófilo Hamilton fundador e inspirador absoluto del partido federalista.

La línea republicana, establecida por el primero, se bifurcará cuando, desaparecido el federalista que no puede sobrevivir a la muerte de su fundador, se crea el partido de los "whigs", como excisión de aquélla, proclamando la jefatura de John Quincy Adams, el cual, desde la presidencia y ayudado por Clay, va a enfrentarse en las elecciones de 1828, con los fieles seguidores de Jefferson que, capitaneados por Jackson, ya habían substituído la primitiva denominación de republicanos por la de demócratas. El triunfo del viejo general, en tal elección, inicia, pues, las administraciones del partido demócrata.

Los "whigs", con Harrison y Taylor, irán alternándose en la presidencia con los demócratas —Van Buren, Polk y Pierce— hasta que aparece en la palestra el nuevo partido republicano que en gran parte había de ser el heredero y sustituto de los primeros.

La obra, pues, de los dos grandes teóricos —Jefferson y Hamilton— habrá de ir adquiriendo perfiles, sufriendo influencias, adoptando posturas, hasta llegar a cristalizar, en la fecha que recordamos, en los dos grandes partidos —demócrata y republicano— de nuestros días.

¿Cuál fué la razón que motivó la histórica convención de 1854?: El distinto criterio que los hombres del Norte mantenían, frente a los del Sur, en torno a la esclavitud.

Sur y Norte —y desde entonces la división geográfica habrá de jugar un extraordinario papel en el panorama político del país— iban identificándose con posiciones radicalmente opuestas, respecto a tal institución.

La aristocracia sureña, demócrata por su filiación jeffersoniana, apoyaba, sin embargo, en la esclavitud todo su sistema económico, fundamentalmente agrícola. Por el contrario los nortefños, comerciantes e industriales, habían reaccionado contra aquélla, como consecuencia de la propaganda abolicionista, sin olvidar con ello que, frente a Jefferson, Hamilton defendía un sistema mucho más favorable al desarrollo de sus peculiares actividades económicas.

A partir de la Convención Federal de 1787 se logra un cierto equilibrio entre las dos tendencias, al separar, utilizando la línea Mason-Dixon, los territorios esclavistas de los antiesclavistas; pero la marcha hacia el Oeste, con la subsiguiente colonización, desborda rápidamente los límites por aquella línea establecidos, ofreciendo, de paso, la posibilidad de un aumento de influencia para una u otra tendencia.

No puede sorprendernos hoy el calor que ambos bandos pusieron por implantar sus criterios en los nuevos territorios incorporados; de lograrlo o no dependía el futuro de los mismos, ya que o uno de los bandos conseguía imponerse a su contrario o sería arrinconado por él.

La organización política de las extensas llanuras de Nebraska fué la que obligó, como reacción, a la reunión de Jackson, Mich; en el ánimo de los reunidos imperaba el anhelo de dar la batalla definitiva a la pretendida expansión esclavista del Sur.

Meses antes de tener lugar dicha reunión se presenta un proyecto de ley por el que se deja a la voluntad de los habitantes de tales territorios el que se establezca o no en ellos la esclavitud, sin respetar que están situados dentro de la demarcación antiesclavista. Es en este momento cuando la voz de Lincoln se deja oír, fijando claramente la aspiración de impedir a toda costa el refuerzo de una institución que ni siquiera debería de existir.

Y como medio más apropiado para el logro de la misma, los antiesclavistas del Norte, amalgamando gentes y doctrinas del partido "whig", heredero a su vez del federalista, crean el actual partido republicano. Viene el nuevo partido a ofrecer el cauce natural de acción política a una doctrina que, nacida en una atmósfera de humanitarismo idealista, logrará imponerse arrojando las mayores dificultades.

Desde 1807, en que se aprueba una ley contra el tráfico de esclavos, la corriente antiesclavista parecía totalmente dormida. Pero su despertar se anuncia, el 1. de enero de 1831, con la aparición, en Boston, del primer número del "Liberator", que no sin grandes esfuerzos logra publicar William Lloyd Garrison. Su propósito queda fijado, con toda claridad, en la primera página del periódico: "Lucharé enconadamente por la inmediata liberación de nuestra población esclava".

Presentando las facetas más escandalosas de la esclavitud, con ardor y tenacidad excepcionales, fué, poco a poco, agrupando en su torno a los dispersos, dando nuevo vigor a los desanimados e incluso atrayendo a su campo a muchos que, en un principio, le miraban con manifiesta hostilidad. La durísima contraofensiva de las gentes del Sur que llegaban a atribuirle la responsabilidad de cuantos desmanes, algunos de ellos extraordinariamente graves, que cometían los esclavos, no pudo impedir que su doctrina fuera adqui-



riendo cada día mayor solidez, inspirando la fundación de innumerables sociedades abolicionistas que, en plazo muy breve, llegaron a contar con más de 150.000 afiliados.

Plumas como las de Withier y James Rusell Lowell se sumarán bien pronto a la campaña, y esclavos, como Frederick Douglas, darán el signo de autenticidad al esfuerzo de los que se presentaban como defensores de su clase.

No había de dar lugar el nacimiento del nuevo partido republicano a un sentimiento que ya había aparecido en la mente directiva del Sur y que entrañaba gravedad suma; pero es indudable que contribuyó extraordinariamente a su desarrollo y había de llevarle a su punto culminante cuando la marcha de aquél se comprobó como incontenible.

Tal sentimiento quedó claramente formulado cuando una de las voces más representativas del Sur, la de Calhoun, se dejó oír en la disputa senatorial sobre la incorporación de California como estado antiesclavista: "Confío en que persistiremos en nuestra resistencia hasta el restablecimiento de todos nuestros derechos o hasta la desunión, una de estas dos cosas. Ya hemos soportado demasiado tiempo los agravios y los insultos del Norte". En el cielo de la Unión se levantaba la nube que había de llegar a poner en peligro su propia existencia.

Resulta de un patetismo emocionante la lucha, en el Senado, de aquellos hombres —Clay, Seward, Webster, Mason— que ven en gravísimo peligro su obra más querida; la patria que han logrado forjar y que amenaza con deshacerseles entre las manos si no logran dar con la fórmula que lo impida. Su indiscutible buena fe y su exacta apreciación de lo crítico del momento hicieron posible encontrar aquélla fijándola en distintas y sucesivas leyes, inspiradas todas ellas en el indispensable espíritu de transacción y concordia.

Sin embargo, cuando aparece la temible personalidad de Lincoln encabezando el movimiento republicano, ante las elecciones de 1860, vuelve a agravarse la querrela hasta llegar a su punto culminante. Es la segunda vez que el partido aspira a la presidencia; la derrota de su candidato, John C. Frémont, en las elecciones de 1856, había sido más esperanzadora que otra cosa, pues, no obstante ser la primera vez que acudía a las urnas y a los dos años solamente transcurridos desde su fundación, habían logrado más de las dos terceras partes de los votos obtenidos por el triunfador demócrata Buchanam, número que se reflejaba en una diferencia de sesenta votos electorales.

Ya se había revelado Abraham Lincoln como político de categoría indiscutible, no obstante su modestia y su extraordinaria sinceridad, en la larga y dura campaña que mantuvo en 1858 frente a Stephen A. Douglas, aspirantes ambos a un puesto en el Senado, representando a Illinois.

Durante el verano y el otoño de aquel año cada rincón del Estado

se conmovía ante aquellos dos colosos de la democracia, paladines, en él, de los dos bandos que separaban a la nación.

La doctrina de Lincoln había sido elaborada, en serena meditación, a lo largo de los cuatros años transcurridos desde que pronunciara su discurso en Peoria —16 de octubre de 1854— y al que podía atribuir la popularidad de que gozaba, no sólo en el partido sino en todo el Oeste. “La esclavitud —había dicho en tan memorable ocasión, dejando bien claro su criterio— tiene por base el egoísmo de la naturaleza humana; la oposición a ella se basa en el amor a la justicia”.

Al designarle como candidato la convención del partido, celebrada en Chicago, le ofreció un programa cuidadosamente preparado, en el que se combinaban la sólida política del federalismo hamiltoniano y los principios, llenos de esperanza y humanitarismo, de su partido homónimo, el de Jefferson. En éste se inspiraban al adoptar una intransigente postura abolicionista; en Hamilton al formular sus promesas en orden a la industria y al comercio. Era partido del Norte y como tal habría de tener en cuenta las necesidades que al Norte se le habían planteado a lo largo de su evolución; en consecuencia, los industriales de Nueva Inglaterra, de Illinois, de Ohio, les ofrecía seguir, desde el Poder, una política de altos aranceles, por el Sur impugnados, y que les defendería de la competencia inglesa. Con ello, y entonces, se incorpora al cuerpo doctrinario del partido un principio que será matenido en lo sucesivo y que, en muchas ocasiones, brindará a sus dirigentes problemas de muy difícil solución.

El triunfo republicano fué definitivo frente a unos demócratas escindidos, con Stephen A. Douglas como candidato de los ortodoxos, después de dos agitadas convenciones, y Breckinridge por los disidentes. Ciento ochenta votos electorales hacían que el segundo candidato republicano llegara a la cabeza de la Unión, iniciando con ello una permanencia del partido al frente de la Gran Nación de cincuenta y dos años, con la sola interrupción de los dos mandatos demócratas, de Cleveland, de 1884 a 1888 y de 1892 a 1896.

A lo largo de todos ellos no se dió ningún momento tan crítico como este de la llegada de Lincoln al Poder, que ofrece una realidad coincidente con los más negros presagios y que sólo su tenacidad y rectitud logra vencer a lo largo de una tremenda guerra, de más de cinco años, que deja tras sí una profunda huella de odio y dolor

Conforme la amenaza, la secesión se consumó, en el Sur, tan pronto el triunfo republicano se produjo, tratando incluso sus autores de justificarla con títulos constitucionales. No admitió esta postura el presidente, que se mantendrá en pie de guerra, frente a la Confederación, hasta que ésta capitula en la histórica jornada de Appomatox. En el transcurso de la contienda, el primero de enero de 1863, Lincoln declaraba libres a los esclavos en todo el territorio



rebelde; hacía honor al compromiso contraído por el partido republicano en el momento de su constitución.

El desmoronamiento del Sur coincidía —con diferencia de días— con la manifestación de los propósitos que para la paz —ya inminente— se había señalado el presidente vencedor. Una gran mayoría le había reelegido, el 4 de noviembre de 1864, frente al que había sido uno de los generales más distinguido de sus ejércitos, Mc Clellan, candidato de los demócratas leales a la Unión. Merece la pena resaltar el hecho de estas elecciones generales celebradas durante la guerra civil, como dato para valorar la extraordinaria aportación de los Estados Unidos a la causa democrática.

Del discurso de su segunda toma de posesión —4 de marzo de 1865— son aquellas frases memorables, reflejo fiel de su extraordinaria calidad humana, ante una victoria que alcanzaba con las manos: “Sin rencor para nadie, con caridad para todos; con firmeza para apoyar el derecho, en la medida en que Dios nos permita descubrirlo, esforcémonos por la obra que hemos comenzado, por cerrar las heridas de la nación; por cuidar del que ha soportado el peso de la batalla, y de su viuda y de su huérfano; para hacer todo lo que pueda completar y mantener una paz duradera”.

El curso de los acontecimientos fué muy otro; la bala del Sur que segó su vida, en la trágica noche del Viernes Santo de 14 de abril de aquel año, trastornó profundamente la historia del pueblo americano al impedir que fuera él quien forjara una paz inspirada en normas tan elevadas.

Los republicanos que administran la victoria no quieren o no pueden coronarla con una política que hubiera sido ejemplar para las generaciones futuras, y el Sur devastado por tan larga y asoladora guerra, vió prolongada su miseria y angustia por una reconstrucción, que, en muchos aspectos, le resultó más penosa que la guerra misma.

No surgió en el partido la personalidad capaz de continuar la obra de Lincoln; por el contrario, en su presidencia le sucedieron hombres de poca altura —Johnson, Ulises Grant, Hayes— que no supieron impedir una larga etapa de violencia y abusos que la pasada contienda justificaba, al menos en apariencia. Si a esto unimos que el pueblo protagonista de los acontecimientos contaba como tal con sólo setenta y cinco años de existencia, la solución dada a tan profundo problema no puede resultarnos muy extraña y sorprendente.

Es, posiblemente, en este período de la reconstrucción donde se puede encontrar la razón fundamental de la posterior adhesión del Sur al partido demócrata. El realizarla los republicanos bajo directrices tan opuestas a las que Lincoln preconizara, había de originar una resistencia constante frente a los responsables del duro trato de que eran víctimas, por parte de los “carpet-baggers” y demás aventureros del Norte que, como plaga, se dejaron caer sobre el territo-

rio sometido. La aparición del —en tantos aspectos legendario— Ku Klux Klan, de gran fuerza en el terreno político, es una prueba de hasta donde estaban dispuestos a llevar aquella resistencia.

Fué el propio partido republicano quien puso fin a tal sistema de “reconstrucción”; una corriente de sensatez, nacida dentro del mismo, haría, durante la presidencia de Hayes, que se retirasen del Sur las tropas federales, dando con ello efectividad plena a la reincorporación de los Estados rebeldes. Incluso el presidente llega a incorporar a su gabinete a algún destacado confederado; el caso de David M. Key.

Al mismo tiempo que la administración tiene que ir resolviendo los problemas políticos que de la terminación de la guerra surgen, habrá de atender a otros que el natural desarrollo del Norte plantea, forzado muchas veces por aquélla.

Al partido republicano, gobernando, le correspondió presidir e impulsar el extraordinario movimiento industrial que tanto ha contribuido a caracterizar a los Estados Unidos. Barajando el “Laissez faire” jeffersoniano con el intervencionalismo hamiltoniano, hará que toda aquella incipiente marcha, anterior a la Secesión, adquiera, durante y después de ella, un impresionante vigor. Ello contribuyó a diferenciar, aún más, las dos zonas, presentando un Norte opulento y lleno de ambiciones, junto a un Sur paupérrimo y desesperado.

En este orden de cosas surge, pronto, nueva ocasión de disputa, reforzado el Sur por el Oeste minero y dispuestos ambos a hacer prevalecer sus conveniencias sobre las de los hombres de empresa nortefños.

Los partidos, eliminando los elementos disconformes, cierran otra vez sus filas, alzando bandera por cada una de las soluciones opuestas.

Sin olvidar algunas cuestiones que pasan pronto a segundo término, como p. ej. las planteadas como consecuencia de la emisión de papel moneda durante la guerra, la lucha se entabla en torno a cuál habrá de ser el patrón monetario que se implante. Partidarios del patrón oro y partidarios del bimetalismo removerán al país casi tanto como los abolicionistas y esclavistas de antaño. De nuevo hablan de separación los temerosos de ser arrollados por el impulso de los contrarios; aunque esta vez la amenaza sale formulada por los hombres de Wall Street. La discusión alcanza su culminación durante el segundo mandato demócrata de Cleveland, y va a decidirse en las elecciones de 1896.

Frente a los republicanos —defensores del patrón oro— como representantes de un orden industrial y mercantil apoyado en los grandes negocios, se alza un nuevo movimiento —el populista— que, impulsado por quienes en el Oeste explotan las minas de plata, preconiza el bimetalismo y al que acudirán los demócratas para inyectarse del vigor y entusiasmo que les falta. Tanto es así que, a la hora



de designar candidato, acudirá a Bryan —caudillo de aquél—, considerando que es el único que puede alcanzarles la victoria.

Los viejos jefes republicanos se inclinan por un hombre gris —instrumento dócil— pues ya confían más en la fuerza de los intereses y de la propia organización que en las cualidades excepcionales del candidato. Y aciertan; frente a un Bryan arrollador, de popularidad extraordinaria —quizás el político norteamericano que más recuerda a Lincoln— triunfará el oscuro Mc Kinley, hechura de Mark Hanna, el poderoso cacique de Chicago.

Sur y Oeste, impulsados por la extraordinaria personalidad del caudillo populista, no pudieron vencer a la maquinaria republicana del Norte, manejada hábilmente por los hombres de negocios que así aseguraban sus espléndidos logros y posiciones. Esa maquinaria consigue, incluso, que Estados, como Iowa, Minnesota, North Dakota, cuyos intereses estaban vinculados a la victoria de Bryan, arrastrados por su tradicional adscripción al partido republicano, no duden en ofrecer a éste sus votos.

La muerte de Mac Kinley —asesinado como sus antecesores y correligionarios Lincoln y Garfield— hace que llegue a la presidencia Teodoro Roosevelt. La gestión que desde ella realiza va a dar un nuevo aspecto a la política de su pueblo y completa el programa del partido, esta vez en orden a las relaciones internacionales.

La madurez interior lograda, hace posible que los Estados Unidos se asomen fuera del territorio continental y a Roosevelt, como presidente republicano, le corresponde dirigir sus primeros pasos hacia la categoría de gran potencia.

Lo mismo que Lincoln y Bryan son los ejes centrales en las luchas de la esclavitud y de la moneda, el primer Roosevelt lo será en la que el imperialismo plantea.

Desde Monroe estaba claramente definida la posición antieuropea, en relación con el futuro americano, pero las circunstancias no llegaron a ser propicias al total desarrollo de la doctrina y a llevarla a la práctica hasta finales del pasado siglo.

La insurrección cubana será la puerta por donde los Estados Unidos entren en la historia de las guerras internacionales, iniciando con ello su futuro expansionista.

También apasionó este problema al máximo y aunque luego, a la hora de los resultados, volvió a dividir a la opinión y a los partidos, en un principio —y por su propia naturaleza— ofreció una característica que no se daba desde Independencia: la de presentar a toda la Nación unida, como protagonista de una empresa común, resultando ello un eficaz medio para borrar, hasta donde era posible, las enormes diferencias del pasado.

Fué el partido republicano, a través de T. Roosevelt a la sazón subsecretario de la Marina, quien más profundamente alcanzó a ver el valor de la histórica coyuntura y quien, por el principio de la pro-



tección, había de generalizarla e incorporarla a su programa, a partir de la campaña electoral de 1900.

Contra tal postura se alzó, bien pronto, una corriente anti-imperialista, distinguidísima por las personalidades que le dieron vida y que, bajo la jefatura de Bryan, otra vez, fué enarbolada por los demócratas, como bandera, para acudir a aquella campaña.

Roosevelt, desde la presidencia, y sin olvidar los antecedentes de Hawai y México, aplicó ampliamente tal principio de intervención proteccionista en Cuba, Colombia, Filipinas y Venezuela.

Sus puntos de vista respecto a los problemas internos —trusts, reorganización administrativa, etc.— le distanciaron de su propio partido que, al presentarse escindido en las elecciones de 1912, después del mandato de Taft, dió lugar a la victoria demócrata de Wilson.

Un nuevo período republicano, iniciado con la elección de Harding en 1920, termina, en 1932, con el estrepitoso derrumbamiento de Hoover, que no pudo impedir, no obstante su valía, el desastre económico que sorprendió a la nación.

Las cuatro elecciones de Franklin D. Roosevelt, hecho único en la historia constitucional del pueblo norteamericano, y el posterior mandato de Truman, mantuvieron al partido republicano alejado veinte años del Poder. Después de esta ausencia, la más larga que había padecido desde su nacimiento, y durante la cual presta extraordinarios servicios a su pueblo a través de hombres como Arthur Vanderberg y Robert Taft, inspiradores de su postura aislacionista, el 4 de noviembre de 1952, los Estados Unidos vuelven a ponerse en sus manos al elegir como presidente a su candidato Dwight D. Eisenhower.

No supuso el triunfo republicano un volver a la antigua política del partido, ni al poderío de otras épocas. Hay que tener en cuenta que la elección del general Eisenhower debe atribuirse, en gran parte, a su extraordinaria popularidad de caudillo victorioso; el hecho de que tanto para los gobiernos de los Estados como para los puestos legislativos, la superioridad de los republicanos resultase mínima, lo abona; mucho más los resultados de las últimas elecciones de senadores y representantes. De otro lado, la prolongada gestión del presidente Roosevelt había de dejar profunda huella en la vida de la Unión, tanto por lo que se refiere a la política interna como a la exterior. Por eso el actual mandato republicano no supone una rectificación de lo realizado anteriormente al tener en cuenta los postulados tradicionales del partido. El "new deal" rooseveltiano, con su extraordinaria repercusión en momentos críticos, en extremo, del pueblo norteamericano, ha forzado a sus actuales gobernantes a abandonar el clásico "laissez faire", continuando con la política de intervención que aquél representaba.

Algo parecido ocurre en la política exterior; las consecuencias de

la guerra han colocado al país en una nueva posición, en la que no puede seguir otra línea que la ya iniciada, aunque esto obligue al olvido de lo que anteriormente se consideraba doctrina fundamental.

De lo que Landon o Dewey prometieron como candidatos republicanos, en campañas electorales de las que salieron derrotados, a lo que la actual administración republicana realiza y trata de realizar, se abre un abismo. El partido, impulsado por las circunstancias, se ha renovado, resultando, con ello, instrumento eficaz para cubrir esta nueva etapa de la vida del país.

Hasta qué punto esta renovación será suficiente para que el triunfo del 52 pueda considerarse como el primero de una nueva era republicana es lo que no parece muy cierto.

La enorme repercusión —asombra conocer sus resultados en la Bolsa— de la enfermedad del presidente, permite suponer que la mayoritaria aceptación de su mandato desborda —reduce, sería más exacto— los límites del partido. La lectura de los cables de fechas inmediatamente anteriores y posteriores al grave ataque padecido por Eisenhower, señalan un cambio profundísimo de situación. La reelección asegurada deja paso a un enigma que, poco a poco, irá descifrando el año venidero.

Salamanca, octubre de 1955.